

## Texto para la apertura del coloquio “Energía, Reformas Institucionales y Desarrollo en América Latina”

Jean-Marie Martin-Amouroux

Universidad Nacional Autónoma de México y Université Pierre Mendès France de Grenoble.  
México, D.F., 5 de noviembre 2003

“El Atlántico no es para mí abismo, sino puente. Las aguas del Mediterráneo fluyen del Bósforo y Andalucía a las Antillas y el Golfo de México. Mar de encuentros”. Carlos Fuentes<sup>1</sup> ve las cosas con justeza y claridad. Desde hace más de 40 años, el Atlántico ha sido un puente que franceses y latinoamericanos no han cesado de atravesar, en los dos sentidos, para mantener un diálogo que nuestro coloquio, a iniciativa de Angel de la Vega Navarro, va a prolongar y profundizar.

Para mí, todo comenzó en 1963, con el *descubrimiento do Brasil* que en esa fecha evocaba solamente la suntuosa sinfonía lírica de Heitor Villa-Lobos. Había aceptado con entusiasmo una beca para estudiar los problemas de la energía propuesta por Assis Chateaubriand, un magnate en el campo de la prensa y del audiovisual, muy comprometido en el combate que llevaban a cabo los grupos más conservadores en contra de la nacionalización de la Rio Ligth y de la Sao Paulo Ligth y del desarrollo de Eletrobras. Desde lo más profundo de su lecho de enfermo grave, « Chatô, o rei do Brasil », como lo calificó un exitoso libro reciente, había deseado orientar mi estudio recordándome que Brasil no tenía necesidad de grandes inversiones eléctricas, ya que su única vocación era producir café. No fui muy fiel a su mensaje, pero siempre le he agradecido haberme hecho descubrir Brasil y, después de él, varios otros países latinoamericanos. En primer lugar Argentina, en donde trabajé un año con la Comisión Nacional de Energía Atómica que preparaba la instalación del reactor Atucha Uno y a donde he regresado varias veces invitado por la Fundación Bariloche. Chile, enaltecido por el prestigio de los trabajos de la CEPAL dirigida entonces por Raul Prebisch. Venezuela, punta de lanza de la entonces recién creada OPEP. Más tarde, la Universidad de Los Andes en Bogotá y la Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio de México, el CIDE y otras prestigiadas instituciones de este país.

A lo largo de todos estos años, América latina ha sido para mí un campo inagotable de descubrimientos, alimentado por la riqueza cultural de los países que la constituyen, la hospitalidad de sus habitantes y la calidad de los hombres y mujeres que tuve la fortuna de encontrar en ella. No intentaré nombrarlos, ya que son muy numerosos: varias olas de estudiantes y de profesionistas que han llegado de varios países para compartir sus conocimientos y su entusiasmo con sus colegas de Grenoble. Me limitaré a evocar algunas figuras, ausentes de esta auditorio, no por vanidad sino para testimoniar sobre la capacidad excepcional de hospitalidad de América Latina. Veo de nuevo a Celso Furtado, joven superintendente de la SUDENE, recibéndome en Recife para hacerme descubrir ese Nordeste « de las siluetas humanas y animales como figuras del Greco » que ha descrito admirablemente Gilberto Freyre. Pienso en Gustavo Lagos preparando el primer número de la *Revista de la Integración*; en Fernando Henrique Cardoso conversando familiarmente con los estudiantes de Grenoble, llenos de curiosidad por las realidades latinoamericanas; en Víctor Urquidi acogéndome con una gran cordialidad en el Colegio de Mexico; en Aldo Ferrer, infatigable artesano de una nueva economía

---

<sup>1</sup> *En esto creo*, Editorial Planeta Mexicana, México, 2002, 313 p.

argentina; en la esposa de Josué de Castro representando al autor de la « Géopolítica del hambre » quien no pudo ver a su patria liberada de la dictadura militar, durante la emotiva ceremonia organizada por Luis Pinguelli entonces profesor en la Universidade Federal do Rio de Janeiro.

Desgraciadamente no es el único que nos ha dejado. Entre los protagonistas del diálogo franco-latinoamericano, no olvidaré nunca a mis amigos Jorge Sábato, director del Laboratorio de Metalurgia de la Comisión Nacional de Energía Atómica y Carlos Suárez, presidente de la Fundación Bariloche, cuyos combates no se han visto paralizados por la constatación lúcida de las dificultades de toda transformación social; Fernando Fanjnzilber, a quien encontré sucesivamente en Santiago, en México y en Rio (en donde me pasaba « Le Monde » a escondidas porque los militares habían prohibido su lectura); Miguel Wioncsek, a quien conocí de manera breve en el Colegio de México; Raúl Gastelum Ramos cuya tesis dirigí en Grenoble. De vez en cuando releo algún texto de alguno de ellos, recordando el poder que Carlos Fuentes, atribuye a la escritura: « La palabra lucha contra la muerte porque es inseparable de la muerte, la hurta, la anuncia, la hereda... No hay palabra que no sea portadora de una inminente resurrección »<sup>2</sup>. Entre esas palabras, les propongo retener dos, desarrollo y energía: han sido los hilos conductores de nuestros intercambios desde hace 40 años.

A principios de los años 60, la idea de desarrollo comenzaba a hacer su camino, pero el concepto era aún impreciso. En Europa, aún el gran John Hicks consideraba que no se le podía encontrar una base teórica fuera de la del comercio internacional. En Estados Unidos, Lewis, Rostow o Leibenstein habían escrito sobre el tema, pero limitándolo a un problema de crecimiento económico en el contexto de países no industrializados: *growth et development* eran sinónimos la mayoría de las veces. Solamente América Latina, con los trabajos de la CEPAL, había ido más lejos. Fue entonces cuando se encontró con el pensamiento de un estadounidense heterodoxo como Albert Hirschmann y el de europeos como Gunnar Myrdal o François Perroux: todos ellos preconizaban prestar tanto más atención a la dinámica de las estructuras económicas que a las reglas de funcionamiento de los mercados.

En esa perspectiva el desarrollo es mucho más que el crecimiento, tanto en premisas como en resultados, lo cual tiene consecuencias sobre sus relaciones con las actividades energéticas. Es más que el crecimiento en premisas porque no es solamente el aumento de la producción real (con o sin aumento de la productividad) lo que debe ser considerado, sino « la combinación de cambios mentales y sociales que hacen que una población sea apta a hacer crecer, cumulativamente y de manera duradera su producto real global » (F. Perroux). Esos cambios echan raíces en las instituciones y en las culturas de cada pueblo. Se puede encontrar inspiración en experiencias extranjeras; pero no copiarlas.

En resultados, el desarrollo es más que el crecimiento, ya que no desemboca solamente en progresos particulares (más petróleo, electricidad más barata), sino en el progreso económico y social de toda la colectividad. Se expresa menos por un PIB/per capita más elevado que por una batería de indicadores que traducen una sociedad menos desigual, más solidaria, más responsable, « cubriendo mejor los costos del hombre y de todos los hombres » (François Perroux). Dicho esto, ¿con lo anterior acaso no se atraviesan las fronteras de la economía para

---

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 168

entrar en el campo de la ética? Quizás, pero eso no es problema, responderán aquellos para los que la economía debe pasar de una racionalidad de los medios a una racionalidad de los fines, porque de no ser así, conduce al mundo a la catástrofe (René Passet). No necesariamente, responderán los seguidores de la ortodoxia económica si se considera que menores desigualdades sociales favorecen el crecimiento económico al ampliar el mercado interno, al volver los servicios de educación y salud más eficaces, al disminuir el costo de los conflictos sociales, al aumentar la tasa de ahorro interno y reducir las fugas de capitales, al estimular la innovación por la eliminación de ciertas rentas, al elevar una calidad del trabajo tanto más indispensable que las tecnologías son más sofisticadas (Concejo de Análisis Económico). Como prueba están los casos de las sociedades asiáticas menos desiguales (Taiwan, Corea del Sur, el Estado de Kerala en la India) que al mismo tiempo son las que logran los mejores éxitos económicos.

Lejos de haberse convertido en obsoleta esta concepción del mundo se ha afirmado en el curso del tiempo, ya que aún el Banco Mundial habla ahora de desarrollo económicamente eficiente, socialmente equitativo y ecológicamente viable. Solamente la ponderación entre los tres términos ha evolucionado: con el surgimiento de una conciencia de los riesgos ambientales, lo ecológicamente viable tiende a pasar por encima de lo socialmente equitativo. Esta prioridad de las solidaridades intergeneracionales sobre las solidaridades intrageneracionales olvida muchas veces que las primeras permanecerán sin validez en tanto las segundas no sean efectivas: ¿cómo preocuparse del estado de los recursos del mañana cuando se está excluido del reparto de los del día de hoy!

Entre esos recursos, los que procuran el calor y la fuerza motriz se encuentran en primera línea. Kenneth Boulding ha explicado de manera notable por qué: aún si no es más que eso, el desarrollo es también *affluence*, en el sentido de bienestar (*welfare*), el cual mantiene una relación negativa con la entropía ya que todos los bienes tienden naturalmente a *wear out and decay* (a su uso y deterioro). Solamente un *input* de energía permite hacer frente a la declinación del *output*, a fortiori a su incremento. Mientras ese insumo dependía de fuentes de energía renovables, agotables y aleatorias, el crecimiento económico no podía ser más que débil y episódico. Desde que las revoluciones industriales dieron acceso al stock, aparentemente inagotable, de las fuentes fósiles, el crecimiento ya no encuentra límites naturales. ¿Quiere decir eso que basta extraer cada vez más recursos para asegurar el desarrollo? Ciertamente no, por lo menos por dos razones.

Ya era así en el pasado, pero lo es aún más el día de hoy: las cantidades cuentan menos que la calidad, el crecimiento de las producciones menos que la eficacia de las utilidades. Nuestros sistemas productivos, pero también nuestros alojamientos y nuestros modos de transporte funcionan en efecto cada vez más con base en conversiones de rendimientos elevados, exigiendo servicios energéticos con buenos resultados, tanto bajo el ángulo de la regularidad y de la flexibilidad que bajo el ángulo de la limpieza ambiental y de la gestión de los desechos. Ese tipo de aprovisionamientos descansa en sistemas de información cada vez más perfeccionados: control de la eficacia de los equipos de producción y de utilización, mantenimiento previsional y predictivo, vigilancia del envejecimiento de las instalaciones, telecomando del transporte y de la distribución... En esa perspectiva, la contribución de las actividades energéticas al desarrollo económico pasa por el establecimiento de sistemas de aprovisionamiento exitosos, por el aprendizaje de nuevas técnicas, por la formación de nuevos oficios.

Pero eso no es todo. François Perroux tenía la costumbre de decir que una industria cuenta tanto por lo que promueve como por lo que produce. Nathan Rosenberg, como resultado de sus trabajos de historia económica confirma: *industrial growth created not only the incentive but also the capacity to expand the available energy base* (el crecimiento industrial creó no solamente el incentivo sino también la capacidad para expandir la base energética disponible). Las actividades energéticas participan en el desarrollo cada vez que inducen el surgimiento de industrias de bienes de equipos que van a favorecer la realización de nuevas tecnologías, a lanzar actividades de Investigación y Desarrollo (I&D) y, a través de eso, elevar la capacidad de los sistemas de conversión y abrir el acceso a nuevas fuentes de energía. Les relaciones energía-desarrollo deben pues ser concebidas de manera dinámica e interactiva. Toda política de desarrollo pasa por un reforzamiento de ese proceso. El ejemplo de Grenoble es muy significativo a ese respecto: la hidroelectricidad con base en la cual la ciudad había construido su auge industrial a principios de siglo ya no es portadora de crecimiento económico el día de hoy, pero las industrias, los centros de investigación y las escuelas de ingenieros que dejó en el camino han permitido el auge de la industria nuclear, de la térmica industrial, de la pila de combustible y del hidrógeno.

Si los debates sobre la naturaleza del desarrollo y el papel que pueden jugar en él las industrias energéticas parecen enfrentar bien la prueba del tiempo, aquellos acerca del *modus operandi* de ese desarrollo no parecen haber soportado la usura del tiempo con igual éxito. Regresemos un vez más 40 años atrás para comprender lo que ha cambiado. Furtado, Urquidí, Ferrer y varios más eran unánimes: América latina comenzó a industrializarse cuando la gran crisis de los años 30 y posteriormente la segunda guerra mundial rompieron sus intercambios con los países industrializados y le permitieron sustituir sus importaciones por producciones nacionales. A principios de los años 60, se hace pues necesario prolongar la protección para remontar la sustitución hacia las industrias de base y de bienes de capital, en Volta Redonda (Brasil) o Monterrey (México). Si el desarrollo supone la industrialización, no puede venir más que de políticas *hacia adentro* opuestas hacia las políticas *hacia afuera* inspiradas por las teorías librecambistas. Más vale leer a Friedrich List que a David Ricardo. De nuevo, el encuentro con los franceses se lleva a cabo tanto más fácilmente que estos últimos se industrializaron protegiéndose de los avances de la industria inglesa en el siglo XIX y que reconstruyen su economía en un marco nacional protegido y dirigista durante los 50.

De un lado y otro del Atlántico, las industrias de la energía se encuentran en el centro de esa concepción del desarrollo. Recurrir a la importación de petróleo es muchas veces la solución menos costosa, pero tiene dos defectos: exige un auge de las exportaciones –en consecuencia una extraversion de la economía-, y subordina el abastecimiento nacional al mercado internacional controlado por el oligopolio petrolero. Por el contrario, desarrollar fuentes nacionales de energía es un símbolo de un desarrollo *hacia adentro*, ya que vuelve autónomos insumos vitales para todo proceso de industrialización y sienta las bases de una industria nacional. ¡Pero es necesario todavía que esta última escape a la dependencia de los capitales extranjeros! En ausencia de un sólido capitalismo nacional, esta exigencia pasa por la constitución de empresas públicas y ciertas formas de planificación que se sustituyan al libre juego del mercado.

A principios del nuevo siglo XXI, esa vía de acceso al desarrollo ya no es de actualidad ni en Europa ni en América Latina. Sujetas a juicio se encuentran, seguramente, las

grandes perturbaciones macroeconómicas de principios de los años 70 que echaron por tierra el sistema financiero internacional y reabrieron una era de liberalización comercial y, sobre todo, financiera. Más débiles estructuralmente que las economías europeas, las economías latinoamericanas han sufrido mucho más de todo ello, con la crisis de la deuda y la década perdida. La urgencia, tanto macroeconómica como sectorial, empujó a ciertos países a realizar reformas radicales que a veces han conducido a echar al niño junto con el agua de la bañera. ¿Acaso no tenemos una parte de responsabilidad por no haber analizado correctamente las dinámicas de las industrias de la energía?

Todas las industrias públicas de la energía no han desmerecido, lejos de ello. Conforme a los criterios de las comparaciones internacionales, algunas de ellas no tienen por qué ruborizarse de sus logros tecnológicos y económicos, como tampoco algunos gobiernos del cumplimiento de su misión de tutela. De manera general, sin embargo, nuestros análisis han carecido de clarividencia porque subestimaron los fracasos, efectivos o potenciales, de las empresas públicas al abrigo de la competencia y dependientes de agentes sociales demasiado poderosos. Esto sobre todo cuando el Estado, confundiendo su misión, ha utilizado esas empresas ya sea para comprar la paz social o para financiar su propio presupuesto. ¿Por qué esa miopía? En gran parte por desconfianza del mercado y de las consecuencias de lógicas puramente comerciales y financieras sobre las opciones energéticas. Con la perspectiva que da el tiempo y con los malos comportamientos de algunos operadores geográficamente cercanos de México, esa desconfianza no parece totalmente fuera de lugar, pero está claro que respuestas diferentes al “todo público” son mejores garantías de desarrollo.

Una vez más con la perspectiva que nos dan las últimas décadas, parece claro que ya no se debe oponer *hacia adentro* y *hacia afuera*. Irma Adelman, entre otros autores, es una de las que más ha subrayado que los impulsos a los cambios de técnicas, de organizaciones y de comportamientos provienen la mayoría de las veces del exterior, pero que para sacar partido de ello un país debe dotarse de buenas instituciones económicas, políticas y sociales. La globalización no vuelve caduca la proposición, por el contrario la refuerza, ya que ningún país puede pasarse de los recursos tecnológicos, administrativos y financieros de las multinacionales. Estas han conducido y conducen todavía las transformaciones de todas las industrias de la energía a escala mundial. No puede haber *leapfrogging* (salto de rana) tecnológico sin ellas, nos dice José Goldemberg, antes de agregar: pero a condición de disponer de una buena legislación, de una infraestructura científica y de un sistema educativo exitoso. Lo que sucede en China desde hace una década es una viviente ilustración de lo anterior. Evidentemente no todos los países del mundo son China, pero les queda la vía de la integración regional, a condición de hacer de ella un conjunto institucional productor de normas, susceptibles de seleccionar entre los impulsos externos aquellos que concurren realmente al desarrollo. Les queda a Europa y a América Latina muchas cosas que intercambiar sobre el tema: ¿no es ello acaso una razón para mantener el puente cuya estructura ha diseñado Carlos Fuentes?